

**EL REFLEJO DE LA HERMOSURA**

**Sobre una arquitectura en el Jardín de los Reales Alcázares de Sevilla de  
Juan Domingo Santos**

PUBLICADO EN

Diseño Interior. Madrid, 1995

La Idea Construida. Ed. COAM. Madrid, 1996

## EL REFLEJO DE LA HERMOSURA

Sobre una arquitectura en el Jardín de los Reales Alcázares de Sevilla  
de Juan Domingo Santos

“Cierto que soy en este Jardín un ojo fresco”. Así reza una bellísima poesía epigrafiada en el ajimez de Lindaraja de la Alhambra de Granada. El culto arabista que la glosa, tras advertirnos que los muros nazaríes nos hablan desde “la cosmología interiorizada del pronombre yo”, nos sugiere cómo esta poesía es capaz de “colmar de mágica intimidad y cordial contenido” a la Arquitectura que la sostiene.

Pues así, como “un ojo fresco”, es la certera pieza de Arquitectura que el arquitecto Juan Domingo Santos ha creado en el centro del Jardín de los Reales Alcázares de Sevilla, como culmen de la exposición que allí ha realizado sobre “Música y Poesía al sur de Al-Andalus”. Quizás la más interesante de cuantas integran “El Legado Andalusi” que están teniendo lugar en diversas ciudades andaluzas en este verano de 1995.

Se diría que, en el ajimez de esta pieza, el silencio, la música callada, es la epigrafiada poesía que habla de la serena belleza de la Arquitectura que aquí se nos ofrece.

La pieza está compuesta por dos como imposibles vidrios de 2,52 m de altura por 6 m de largura. Hincados sencillamente en la tierra pareciendo a nuestros ojos que estuvieran suspendidos en el aire.

Traslúcidos en un grado tal que en el juego misterioso que establecen con la luz, aparecen a veces medio transparentes dejándonos ver veladamente la naturaleza del otro lado. Como si de un fino tejido de Hiram se tratara.

Opacos otras veces se pensarían embebidos de la blanca plata de la luz que los traspasa. Tan en ellos “canta la luz herida por el hielo” como escribiera Federico.

Bruñidos como espejos se tornan capaces de reflejar la naturaleza circundante y atraparla como si de una arquitectónica ventana se tratara.

La dimensión, colocación y grado de translucidez de estos mágicos vidrios están de tal modo acordados que no se sabe bien si lo que ven nuestros ojos es lo reflejado o lo transparentado, o si se está delante o detrás de la naturaleza contemplada. Se produce así esa pérdida de la noción del tiempo, esa suspensión del tiempo, tan propia de la mejor arquitectura. Hecha aquí con casi nada.

Y si el espacio de la arquitectura clásica, cerrado, se mueve al compás de la luz del sol que lo tensa, este espacio de la arquitectura moderna, abierta, miesiana, se mueve al compás de la luz que lo empapa. Es esto algo más que un mero minimalismo. Lo que en Richard Serra es todavía escultura, aquí, más cerca de Donald Judd, es ya rotundamente Arquitectura. Es ésta una operación de arquitectura esencial donde el arquitecto, certeramente, usa el sólo preciso número de elementos para que sea patente lo que quiere conseguir: atrapar la Belleza, en este caso reflejada en su Arquitectura.

La exposición que se corona con esta pieza versa sobre la Poesía y la Música. El arquitecto, que también ha diseñado la materialización del son y la palabra, hace que escuchemos, cuando vamos llegando al jardín, poemas en lengua árabe que progresivamente se funden con los mismos, recitados en castellano, quedando al final sólo la lengua de Berceo.

Así, en este mismo sentido, querría yo entender esta espléndida pequeña obra de arquitectura contemporánea. Tras traspasar las arábicas arquitecturas de los Reales Alcázares y llegando al Jardín del Paraíso de mirtos y naranjos, de cipreses y palmeras, la cristalina pieza que primero se funde con aquéllas, acaba emergiendo poderosa, mostrándonos una vez más la conmovedora fuerza de la arquitectura contemporánea. Que nos habla a las claras de que todavía es posible la Arquitectura. La Arquitectura de un espléndido arquitecto.